

JOSÉ MANUEL LUCÍA MEGÍAS, *EL ÚNICO SILENCIO (POESÍA REUNIDA, 1998-2017)*,
PRÓLOGO DE CATERINA RUTA, MADRID, SIAL, 2017, 626 PP.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

El poeta y filólogo ibicenco José Manuel Lucía Megías ha compilado casi toda su obra literaria en un grueso tomo que supera las seiscientas páginas. La causa de que en este libro no se reproduzca su entera obra lírico-dramática y, con todo, se alcance tal grosor, se debe a que, pese a no haberse incorporado al volumen su conjunto de 2015, *Los últimos días de Trostki*, en cambio sí se incluyeron en él las clases de materiales siguientes: la traducción al italiano, juntada al texto en español, del conjunto *Trento (o el triunfo de la espera)*; la escenificación textual, realizada por el poeta y por Carlos Jiménez, de los versos de *Y se llamaban Mahmud y Ayaz*; poemas inéditos y, en perspicaz denominación, «revisitados», que se fueron creando durante casi cuatro lustros, desde 1998 hasta 2017; y las anotaciones propias y ajenas sobre sus diferentes libros de poesía, «a modo de recordatorio genético», que se

añaden al final del tomo, al que precede un estudio preliminar de la hispanista italiana Caterina Ruta.

Considerando esos aportes críticos, entre los cuales resultan de máxima utilidad aquellas anotaciones del propio autor que ayudan a contextualizar sus libros, cabría decir que sobre la poesía de José Manuel Lucía Megías mucho se ha dicho ya. Lo que ocurre es que da la sensación de que es más aún lo que ha quedado por decir. Apostillaré también que resulta muy comprensible que este volumen se acoja al catálogo de la madrileña editora Sial, que ya había editado otras obras del poeta. Y añadido, asimismo, que éste quiso hacer constar que este tomo se acabó de imprimir en un día bien especial: el del fallecimiento de uno de sus poetas de referencia, Luis Cernuda, acaecida en Ciudad de México el 5 de diciembre de 1963.

No pocas veces uno constata que en el primer libro de un poeta se pueden encontrar rasgos temáticos y de estilo que proseguirán a lo largo de su trayectoria, convirtiéndose en claves de la misma. La lectura del conjunto inicial de José Manuel Lucía Megías ejemplifica esta constatación de una manera muy evidente. En *Libro de horas*, aparecido en el año 2000, ya destaca la inspiración erótica, dominante en su lírica, orientándose hacia un eros obsesivo y por tanto indeclinable que vive el dicente potenciándolo por vía imaginativa. Lo suscita quien le provoca ese subido erotismo que afecta a todo lo que ve, siente, elucubra y hace en la cotidianidad diaria, y que va ligado al vector de la ausencia, vista desde numerosos ángulos y vivida en una soledad por momentos amarga.

Como en aquel bolero que niega que la distancia sea el olvido, la distancia fomenta el recuerdo, por no decir el sueño de amar a quien está lejos. El hablante se diría que padece «hambre de amor», y, por ende, no extraña la peculiar metáfora gastronómica que se engasta en *Libro de horas*. Añadiré también que, junto a ensueños eróticos, asoman en este libro sesgos de preocupaciones sociales, de una ética solidaria, así como el malestar invencible frente a las injusticias, sin el cual no se explican determinadas temáticas que han interesado al poeta de manera muy particular.

Resaltemos también en el libro, en contrapunto con la clase de alejamiento dominante en el mismo, la ausencia física

definitiva e irrecuperable de la figura paterna, evocación a la que se volverá en versos de *Cuadernos de Bitácora*. No olvidemos tampoco el guiño medieval que se hace patente en el título de la obra, y mucho menos aún el protagonismo de la cotidianidad urbana, en concreto la madrileña, en *Libro de horas*.

A cualquiera que lea la poesía de José Manuel Lucía Megías habrá de llamarle sin duda la atención su forma más constante de poetizar, bien perceptible ya en su entrega literaria más temprana, que por información del autor sabemos que no fue, sin embargo, la primera realmente concluida. No se trata de que tan solo se advierta su gran sentido del ritmo y el recurso a múltiples anáforas, enumeraciones constantes y heterogéneas, yuxtaposiciones y reiterados paralelismos. Se trata de entender que esos procedimientos, prodigados de modo impresionante y de difícil homologación en la poesía española, y que tanto recuerdan a Walt Whitman, nombre que no aparece para nada en ningún momento del tomo, son muy apropiados y aún diríamos imprescindibles. Y entiendo que lo son con vistas a ir desarrollando imaginativamente, valiéndose de una praxis de predominio neosurrealista, el tropel de sentimientos y de reflexiones que brotan a vueltas de un amor real, cuando no inventado, que se recuerda o se finge evocar. La intertextualidad también abunda en ese libro fundacional en su lírica, anunciando un procedimiento al que posteriormente se va a recurrir a

menudo.

En *Prometeo condenado*, obra de 2004, pero escrita y acabada con anterioridad a Libro de horas, se manifiesta otra faceta poética de José Manuel Lucía Megías, la más dramática. Texto escénico de principio a fin y repartido en diez cantos, tiene en cuenta textos literarios inspirados en esa figura de raigambre helénica, y aporta una visión muy personal de ese mito antiguo que había asimilado el poeta en la tragedia de Esquilo, *Prometeo encadenado*. La escritura de este libro ofrece una característica textualidad tupida y densa.

Acróstico se editó en 2005. Reaparece en este conjunto la obsesión erótica consustancial en la poética del autor y, con ella, la tropología gastronómica, en algún poema con atisbos imaginarios antropófagos. Entre las variaciones sobre la temática de la ausencia que se poetizan, anoto el sentimiento de que no se la sacia con la presencia, porque al amor lo dotaría de más sentido lo ausente que lo que tiene al alcance de la mano. De ahí a que el sujeto amado lo sea en y por la escritura hay un paso, y no mucho más que otro paso falta para que también esa visión amorosa se sitúe a veces en predios paramísticos. Algunas resonancias del 27, que suelen comparacer en las obras del poeta, y en especial de Vicente Aleixandre, se dejan sentir en *Acróstico*, libro que contiene varios sonetos blancos y en el que las dotes retóricas del autor se hacen bien ostensibles.

Las variaciones sobre el deseo

erótico y la ausencia las reencontramos en el libro de 2006, *Canciones y otros vasos de whisky*. Conforme a su título, agrupa una nutrida porción de canciones en las que el más común concepto mismo de canción resulta anticonvencional para acercarse a ellas. Y es que no se atienen a lo que textualmente se suele esperar bajo ese nombre, sino que los poemas responden a una textura amplia y atípica. Poeta muy diferente a tantos, también sus canciones habían de serlo. Uno de los subtemas remarcables en la poesía del autor ibicenco se hace presente en ese libro, el de la amistad, el de los amigos y amigas, involucrados en evocaciones que, de nuevo, implican nostalgias y ausencias que resultan tan estimulantes para su creación lírica. Y anoto igualmente que uno de los puntos de atención más reiterados en los recuerdos de las personas que se invocan y que se evocan es el de la sonrisa.

De cuatro secciones consta el libro de 2007, *Cuaderno de bitácora*, la primera y la última relativas a dos ciudades, Roma y la argentina Azul, muy significativas para el poeta por distintas causas y circunstancias. Las secciones intermedias llevan los títulos respectivos de «Otras geografías» y «Diario de un viaje a la tierra del dragón», sección ésta que en 2004 se había editado como libro escrito en prosa y acompañado de fotografías. Una amplia gama de ausencias y distancias se vierten poéticamente en esta obra, en cuya parte primera el hablante se hace él mismo ciudad pasada y presente. En la parte segunda, sin embargo, el motivo

erótico disminuye y de su mano decrece también el del amor ausente. Un poema de esta gavilla, «Viveros de Coyoacán...») se intersecta con la temática china de la agrupación poética que va a continuación, derivada de un viaje a China. La técnica de estructuración horaria utilizada en el primer conjunto editado de Lucía Megías se reparte aquí en diferentes días y lugares visitados en el país asiático, a la par que se recupera en algunas situaciones un fino erotismo evocativo. La parte final consta de un único poema. Fue compuesto en elogio de una de las ciudades más entrañables para el autor, la argentina Azul, vista como urbe cervantina.

La denominación de *Tríptico*, puesta por Lucía Megías a este libro publicado en 2009, obedecería al trío de poemas escénicos que lo encabezan y que no figuran, por cierto, en el índice del volumen. A estos textos suceden tres monólogos. El factor ternario se reproduce igualmente al final de la obra, merced a «1 epílogo a 3 voces. Letanías a dos voces y un eco». Obra ésta, así pues, en la que el poeta se adentra por esa vertiente de su creación literaria que brota del mismo hontanar que su lírica, en la que late el potencial dramático, toda vez que la temática fan sostenida de la ausencia amorosa se plasma dialécticamente, casi siempre desde discursos monológicos. Poema a mi entender destacable en este libro es el inspirado en Frida Kalho, pues resulta muy lograda la capacidad impostativa de subsumirse el hablante en la personalidad de la extraordinaria

artista mexicana.

El de la ciudad es frecuente pretexto poético para Lucía Megías. Al margen del Madrid de *Libro de horas*, y que es el telón de fondo de tantos poemas suyos, la concentración lírica en una sola urbe vuelve a darse en la obra, aparecida en 2009, *Trento (o el triunfo de la espera)*, la cual se recoge en *El único silencio* en edición bilingüe, debiéndose la versión italiana a Claudia Demattè. La descripción entre paréntesis que figura en el título del conjunto se ajusta bien a su contenido, que se desgrana a manera de diario. En estos versos la habitual y abrumadora ausencia amorosa es vista desde la espera anhelante del encuentro. Esa espera se remarca al cabo de todos y cada uno de los poemas del libro, finalizados precisamente con la palabra espera. Desde el punto de vista del habla literaria, la andadura verbal abundosa iniciada en *Libro de horas*, y proseguida en distintas entregas posteriores, se ha atemperado y contenido.

Y se llamaban Mahmud y Ayaz es un conjunto lírico aparecido en 2012 que no tardó en editarse dos veces más. Pero no ha sido esta obra la que se ha incorporado al volumen, sino su escenificación en 2016, llevada a cabo por el poeta y por Carlos Jiménez. De ahí el paréntesis «(seis voces en el silencio)» añadido al título. El suceso que suscitaría el conjunto originario, y su teatralización posterior, fue el ahorcamiento, colgándoles de una grúa, de una pareja de amantes homosexuales en la ciudad iraní de Mashad, el 19 de julio

de 2005. Haber abordado este asunto, y con el apasionamiento cálido y profundo de la denuncia de tal iniquidad con que se aborda, corroboraba el emocionado compromiso personal y literario contra toda injusticia del escritor ibicenco, materializándolo en una cuestión bien lacerante que en sí misma es un crimen de lesa humanidad.

La sección de textos inéditos «y revisitados» con la que finaliza *El único silencio* acredita la extraordinaria vena creativa del autor, así como la versatilidad que puede imprimir a sus prácticas poéticas, en las que tantas veces sobresalen tanto el brillo del ingenio como el de las técnicas y estrategias literarias